

CAPRI

Alberto Savinio
Capri

Traducción de Francesc Miravittles

Posfacio de RAFFAELE LA CAPRIA

Título original: *Capri*

© by Angelica Savinio and Ruggero Savinio

La publicación de este libro se negoció por medio de la Agencia Literaria
Ute Körner, S.L., Barcelona - www.uklitag.com

© del posfacio: 1991 Arnoldo Mondadori Editore SpA, Milano

© de la traducción: 2008 Francesc Miravittles

Revisión: Francesc Nadal

© 2008 Editorial Minúscula, S. L.

Sociedad unipersonal

Portolà, 26 - 08023 Barcelona

minuscula@editorialminuscula.com

www.editorialminuscula.com

Primera edición: septiembre de 2008

Diseño gráfico: Pepe Far

Fotografía de la cubierta: © Vincenzo Carcavallo

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Preimpresión: Addenda, Pau Claris, 92, 08010 Barcelona

Impresión: Winihard Gràfics S.L., Av. del Prat, 7, 08180 Moià

ISBN: 978-84-95587-43-5

Depósito legal: B-42.061-2008

Printed in Spain

Este pequeño libro se asemeja a un cometa, pero la semejanza se ve en el espejo, esto es, invertida. El cometa es una estrella que arrastra su cola: en este libro la estrella, Capri, la cola la lleva delante.

Arribada

Al grito de «¡tierra, tierra!» lanzado por el hombre que vigila en lo alto de la cofa del palo mayor, responde el formidable ¡hurra! de la tripulación. Todos se precipitan, se agolpan en el castillo de proa y, asomándose por encima de las batayolas, clavan sus ojos ávidos en el fantasma de esa isla que surge, confuso y lejano, del corazón del infecundo mar. Dos gaviotas, mensajeras de tierra cercana, sobrevuelan nuestro barco.

Estoy a punto de llegar a un momento crucial de mi vida. Mi destino está en juego. Por algunas palabras captadas durante la larga, terrible travesía, me ha quedado claro que el capitán de los corsarios (esos corsarios que, no recuerdo exactamente si unas horas, unos días o unos meses antes, me raptaron de la laboriosa quietud de mi estudio) ha decidido desembarcarme en la primera isla desierta que se interpusiera en el rumbo del barco pirata.

Dicha decisión, evidentemente, ese despiada-

do sarraceno la ha tomado de común acuerdo con el menudo y cruel adjudicatario de la *buvette* de a bordo, quien durante toda la travesía no había hecho más que torturarme continua y despiadadamente ofreciéndome, en cerrado dialecto napolitano, vermús, cafés, gaseosas, chocolate y galletas.

¿Esta es, pues, la isla de mi destino? ¿Esta es la tierra en que la suerte adversa me condena a consumir el resto de mis míseros días?

Clavo también yo la mirada en el perfil aún impreciso de la isla solitaria, en las cimas de sus montes que se alzan en el sereno cielo de la tarde de abril.

Una blanca, dulce nube forma un anillo en torno a la cumbre del monte más alto. Los cabos extremos de la isla cortan las olas como espolones de nave. Pero ¿somos realmente nosotros los que vamos hacia la isla, o bien es la isla la que, rotas sus anclas de granito, se dirige hacia nosotros? En medio, entre el monte más alto que surge a la derecha y aquellos menores que formando una triple cumbre se alzan a la izquierda, la isla cede y se comba dulcemente. Un gris, férreo arnés de peñascos altísimos ciñe los costados de la isla ignota, contra los cuales las olas rompen y se encrespan espumosas, salvo en medio, donde el mar, más apacible, penetra en un dulce arco a lamer la playa.

¿Qué isla es esta, pregunto yo, y cuál es su nombre?

Y el grumete responde: «Es la Isla de Hierro.»

Al llegar a este punto, no sé por qué, y mientras se intensificaban en cubierta los preparativos del desembarco, acudieron a mí desde el fondo de la memoria algunas frases, algunas analogías halladas en las notas de un viaje a Italia, obra de aquel príncipe de la pomposidad literaria que respondía al nombre de C. A. Sainte-Beuve; y entre el chirriar de las cadenas y el crepitar de las velas amainadas, pronuncié para mis adentros: *La silhouette sévère, le profil formidable, Tibère: au golfe de la mollesse, le rappel grave et terrible.*

Tanta autoridad ejercen sobre nosotros, y aun a pesar nuestro, las palabras leídas en los libros incluso más estúpidos, que me apresté con mucha paciencia, mucha seriedad y mucha confianza a comprobar la exactitud de aquellas frases, de aquellas analogías... ¡En vano! Con la mejor voluntad del mundo, en aquella silueta que a todo podía parecerse, a todo podía compararse salvo a la cara de un hombre, no me fue posible reconocer el perfil del ahijado de César Augusto.

¿Qué importa? El nombre de Tiberio había pasado entretanto por mi mente. Se había roto el hie-

lo. Había bastado el rápido, fugaz paso de ese nombre duro, que el tiempo y el miedo han suavizado en *Timberio*, para introducirme de golpe en el carácter más impenetrable, misterioso y legendario de la tierra en la que estaba por desembarcar.

Vuelta la cabeza atrás con el fin de echar una mirada nostálgica al barco que me disponía a dejar, leí en el parapeto del puente de mando estas palabras escritas con caracteres cubitales: Capri-Exprès.

Una hora y media antes me había embarcado en Nápoles, en el muelle de la Immacolatella. No estaba aún bajo el amparo de aquel varón de multiforme ingenio y de gran astucia, a quien para no infringir el pacto sellado entre nosotros no voy a nombrar en estas páginas de otro modo que con la perífrasis «el hombre de la mano vendada». Pese a ello, deseo declarar que en la arriesgada exploración que llevé a cabo en la Isla de Hierro, «el hombre de la mano vendada» fue para mí lo que el divino Mentor fue para el joven Telémaco, en el viaje que este emprendió en búsqueda del paciente héroe Ulises.

No: mientras mis pies pisaban aún el inestable e inquietante suelo partenopeo, los consejos y las instrucciones para mi periplo me llegaban de cierto librero-

anticuario locuaz y atareadísimo, que frente a la fortaleza de los Angevinos posee un gran establecimiento de venta de papiros ilustres y de incunables vendados como soldados heridos. Este, que en su erudita tienda esconde autógrafos de Schliemann, Mommsen y Gregorovius (uno de los mayores y más románticos descubridores, este, de la isla de Capri), se jacta con orgullo, además, de haber mantenido un vínculo de fraterna amistad con aquel desastrado señor de las letras francesas que respondía al nombre de Anatolio Francia.

Pero por mi parte yo desconfío y siempre he desconfiado y siempre desconfiaré de los hombres librescos. Así pues, habiéndome aconsejado insistentemente el amigo de Anatolio Francia tomar uno de aquellos vapores de modestísimo tonelaje pero de pomposa apariencia trasatlántica que desde el continente transportan a la isla de Capri hombres (o sea, «comedores de pan», como los llama Homero) y mercancías, yo, en cuanto me fue posible eludir la vigilancia de mi consejero, agarré mi fiel maleta cubierta de innumerables etiquetas de hoteles que simbólicamente ilustran mi vida errabunda y carente de reposo, y me precipité al muelle de la Immacolatella. Allí, repeliendo los ataques de una nube de golfillos cada uno de los cuales trataba de arrebatarme violentamente mi vieja maleta, me embarqué en aquella nave

que, con exacta traslación, los indígenas de esta tierra llaman «la Barca».

Y, ciertamente, es esta «Barca» un gran velero que, despojado de su aparejo de velas áuricas y latinas y conservando apenas un modesto gallardete en el palo de mesana, exhibe sin embargo, pese al añadido de un potente motor de explosión que de barco de vela lo ha transformado en motora, un terrible, siniestro y arrogante aspecto de barco pirata.

No tiene nada de extraño, pues, que, presa una vez más de mi demasiado exacerbada fantasía, me hubiese creído en un primer momento, no libre pasajero en un modesto pero regular vapor, sino esclavo de una chusma de bucaneros y embarcado nada menos que en la capitana de aquel Jeyreddín Barbarroja, gran pirata y almirante de Solimán el Magnífico, que en el primer cuarto del siglo XVI sembraba de muerte y terror estos risueños litorales.